

**Roberto Juarroz**

**Poesía vertical XII  
(1991)**



Sacar la palabra del lugar de la palabra  
y ponerla en el sitio de aquello que no habla:  
los tiempos agotados,  
las esperas sin nombre,  
las armonías que nunca se consuman,  
las vigencias desdeñadas,  
las corrientes en suspenso.

Lograr que la palabra adopte  
el licor olvidado  
de lo que no es palabra,  
sino expectante mutismo  
al borde del silencio,  
en el contorno de la rosa,  
en el atrás sin sueño de los pájaros,  
en la sombra casi hueca del hombre.

Y así sumado el mundo,  
abrir el espacio novísimo  
donde la palabra no sea simplemente  
un signo para hablar  
sino también para callar,  
canal puro del ser,  
forma para decir o no decir,  
con el sentido auestas  
como un dios a la espalda.

Quizá el revés de un dios,  
quizá su negativo.  
O tal vez su modelo.

Interrumpir todos los discursos,  
todos los esqueletos verbales,  
e infiltrar en el corte  
la llama que no cesa.

Empezar el discurso del incendio,  
un incendio que inflame  
estas rastreras chispas malolientes  
que saltan porque sí,  
al compás de los vientos.

Y entretanto sellar la incontinencia  
del verbo del poder y sus secuelas.  
La palabra del hombre no es un orden:  
la palabra del hombre es el abismo.

El abismo,  
que arde como un bosque:  
un bosque que al arder se regenera.

Periódicamente,  
es necesario pasar lista a las cosas,  
comprobar otra vez su presencia.  
Hay que saber  
si todavía están allí los árboles,  
si los pájaros y las flores  
continúan su torneo inverosímil,  
si las claridades escondidas  
siguen suministrando la raíz de la luz,  
si los vecinos del hombre  
se acuerdan aún del hombre,  
si dios ha cedido  
su espacio a un reemplazante,  
si tu nombre es tu nombre  
o es ya el mío,  
si el hombre completó su aprendizaje  
de verse desde afuera.

Y al pasar lista  
es preciso evitar un engaño:  
ninguna cosa puede nombrar a otra.  
Nada debe reemplazar a lo ausente.

4

Todo viene de lejos.  
Y sigue estando lejos.

¿Pero lejos de qué?  
De algo que está lejos.

Mi mano me hace señas  
desde otro universo.

Ciertas luces apagadas  
iluminan más  
que las luces encendidas.

Hay lugares donde no es preciso  
que algo esté encendido para que alumbre.  
Pero además hay cosas  
que se aclaran mejor con las luces apagadas,  
como algunos estratos oblicuos del hombre  
o algunos rincones que se instalan  
subrepticamente  
en los espacios más abiertos.

Y hay también una intemperie de la luz,  
una zona despojada y ecuánime  
donde ya no hay diferencia  
entre las luces encendidas  
y las luces apagadas.

Hay fragmentos de palabras  
adentro de todas las cosas,  
como restos de una antigua siembra.

Para poder hallarlos  
es preciso recuperar el balbuceo  
del comienzo o el fin.  
Y desde el olvido de los nombres  
aprender otra vez a deletrear las palabras,  
pero desde atrás de las letras.

Quizá descubramos entonces  
que no es necesario completar esos fragmentos,  
porque cada uno es una palabra entera,  
una palabra de un lenguaje olvidado.

Y hasta es posible que encontremos en cada cosa  
un texto completo,  
un reservado y protegido texto  
que no es preciso leer para entender.

El poema convoca al humo  
para encender la lámpara.

Los fuegos apagados  
son el mejor combustible  
para los nuevos fuegos.

La llama sólo se enciende  
con su pasado.

Dibujaba ventanas en todas partes.  
En los muros demasiado altos,  
en los muros demasiado bajos,  
en las paredes obtusas, en los rincones,  
en el aire y hasta en los techos.

Dibujaba ventanas como si dibujara pájaros.  
En el piso, en las noches,  
en las miradas palpablemente sordas,  
en los alrededores de la muerte,  
en las tumbas, los árboles.

Dibujaba ventanas hasta en las puertas.  
Pero nunca dibujó una puerta.  
No quería entrar ni salir.  
Sabía que no se puede.  
Solamente quería ver: ver.

Dibujaba ventanas.  
En todas partes.

Más tarde o más temprano  
hay que poner la mano sobre el fuego.

Tal vez pueda la mano  
aprender antes a ser llama  
o quizá persuadir a la llama  
para que tome la forma de una mano.

Y si fallaran ambas cosas,  
tal vez puedan la mano y la llama  
resolverse en los átomos ya libres  
de una distinta claridad.

O quizá simplemente  
calentar un poco más el universo.

¿Cuántas formas de visión  
se han abierto en nosotros?  
Sabíamos que una sola no basta  
y casi sin sentirlo  
hemos ido incorporando nuevas ópticas,  
insólitas retinas,  
a esa ruda ecuación  
de ver, ser y pasar.

Y ahora ni siquiera sabemos  
con qué ojos vemos lo que vemos.  
Ni sabemos tampoco  
si aún somos nosotros los que vemos.

Invertir los signos de la fiesta,  
 como lo haría un monje loco  
 que sólo puede orar con la cruz al revés  
 o poniéndose a sí mismo  
 con la cabeza hacia abajo.

Que la fiesta comience  
 con la muerte en la punta de los dedos  
 y el abismo enredándose en las piernas,  
 con la luna convertida en esponja  
 para absorber el cielo  
 y la luz en escoba  
 para barrer la tierra.  
 Que el sueño se transforme en sustancia,  
 la vejez en victoria  
 y tu ausencia portátil en presencia.  
 Y sembrar al voleo la identidad de los rincones  
 como si se encendiera la primera luz  
 con el pabilo de la noche.

Hay que invertir los signos de la fiesta,  
 romper la malla estrafalaria  
 del juego que nos ciñe  
 y saltar hacia otro juego más abierto.

Hay que hallar más mirada en los ojos  
 o fuera de los ojos  
 y descubrir por fin la fiesta prometida.

para Antonio Ramos Rosa

El error que comete una cosa  
al caer de tus manos,  
la absurda equivocación de una hoja  
al no caer sobre la tierra,  
la confusión de un aroma  
que emigra de una flor  
y se va a perfumar un pensamiento,  
no deben atribuirse  
a sus modales inexpertos  
sino al defecto fundamental que el azar  
distribuye  
como una noche quebrada  
por el apocalipsis encubierto de los días.

Esta concreta conspiración del desierto  
indica que la historia aún no ha empezado  
y el hombre sólo registra en sus anales  
incierto simulacros de antihistoria.

Tan sólo una imaginación regenerada  
que trace los movimientos del regreso,  
del perfume a la flor,  
de las hojas al árbol,  
de una cosa a tu mano,  
del azar al azar,  
de la noche a la noche,  
puede iniciar la historia verdadera.

El mundo está repleto  
de anodinos fantasmas.  
Hay que hallar los fantasmas esenciales.

Hay un momento  
en que uno se libera de su biografía  
y abandona entonces esa sombra agobiante,  
esa simulación que es el pasado.

Ya no hay que servir más  
la angosta fórmula de uno mismo,  
ni seguir ensayando sus conquistas,  
ni plañir en las bifurcaciones.

Abandonar la propia biografía  
y no reconocer los propios datos,  
es aliviar la carga para el viaje.

Y es como colgar en la pared un marco vacío  
para que ningún paisaje se agote al fijarse.

Callar algunos poemas,  
no traducirlos del silencio,  
no vestir sus figuras,  
no llegar ni siquiera a formarlas:  
dejar que se concentren como pájaros inmóviles.  
en la rama enterrada.

Solo así brotarán otros poemas.  
Solo así la sangre se abre paso.  
Solo así la visión que nos enciende  
se multiplicará como los panes.

Los poemas acallados  
nos prueban que el milagro es siempre joven.  
Y al final, cuando todo enmudezca,  
tal vez esos poemas  
hagan surgir también otro poema.

Buscar una cosa  
es siempre encontrar otra.  
Así, para hallar algo,  
hay que buscar lo que no es.

Buscar al pájaro para encontrar a la rosa,  
buscar al amor para hallar el exilio,  
buscar la nada para descubrir un hombre,  
ir hacia atrás para ir hacia adelante.

La clave del camino,  
más que en sus bifurcaciones,  
su sospechoso comienzo  
o su dudoso final,  
está en el cáustico humor  
de su doble sentido.

Siempre se llega,  
pero a otra parte.

Todo pasa.  
Pero a la inversa.

Cuando carezco de luz,  
la luz me parece imposible.

Cuando quedo afuera del poema,  
el poema me parece imposible.

Cuando dejo de mirarte,  
tú me pareces imposible.

Cuando pierda la vida,  
la vida me parecerá imposible.

Y si pudiera no pensar,  
pensar me parecería imposible.

Desde afuera de una cosa,  
esa cosa es imposible.

Y desde afuera de todo,  
todo es imposible.

Pero hay una excepción:  
desde adentro de mí,  
yo también soy imposible.

La parábola que es nuestro alrededor  
nos contamina la visión  
y la inflama con un fugaz desfile  
que contradice a las estrellas.

El mito de llevar un dios adentro  
nos desangra la visión  
y la corrompe con la íntima tutela  
de un ojo anclado en su propio estrabismo.

Aplastada entre afuera y adentro,  
la visión debiera ser autónoma,  
independiente del hombre y de los dioses,  
del ojo y de las cosas.

La visión debe ser visión y no mirada,  
luz sensible, punción, llama sin leño,  
creación de un ojo, no su vástago.  
Y después, sólo después, abrir el mundo.

Podría quizá olvidar algo que he escrito  
y volver a escribirlo de la misma manera.

Podría olvidar la vida que he vivido  
y volver a vivirla de la misma manera.

Podría olvidar la muerte que moriré mañana  
y volver a morirla de la misma manera.

Pero siempre hay un grano de polvo de la luz  
que rompe el engranaje de las repeticiones:  
podría olvidar algo que he amado  
pero no volver a amarlo de la misma manera.

El hombre se ha vuelto del revés.  
Convendría por eso  
que usara el sombrero al revés,  
los guantes, la camisa  
y sobre todo el corazón al revés.

Y también convendría  
que diera vuelta las palabras,  
las miradas que se desflecan en el viento,  
la historia de sus pálidos días,  
las puertas del silencio,  
el símil de pensar con que se yergue  
y la inconducta terca de su muerte.

Y cuando esté todo al revés  
volver a darlo vuelta del revés,  
para ver si allí encuentra su figura,  
la figura de hombre que jamás encontró.

Porque el revés del revés no es el derecho,  
esa mísera imagen que tampoco nos sirve.

La página en blanco  
es un oído que aguarda.  
La escritura es la voz  
que puede combinarse con el blanco  
o crudamente abolirlo  
para arribar así al oído.

En algunos momentos  
la mano presiente la densidad que la espera  
y su trazo en el blanco  
descubre la presión necesaria  
para llegar hasta la música de abajo.

Cuando esto no ocurre,  
es preciso anular la escritura,  
extinguirla  
como se apaga una lámpara que humea,  
recomponer el blanco de la página  
y preservar al oído que aguarda.

A veces parece  
que estamos en el centro de la fiesta.  
Sin embargo  
en el centro de la fiesta no hay nadie.  
En el centro de la fiesta está el vacío.  
  
Pero en el centro del vacío hay otra fiesta.

El gesto de la mano  
cuando intenta escribir  
crea a veces el pensar,  
crea la imagen  
que después mueve la mano.

Un gesto también crea el amor,  
que después crea otros gestos  
y algo más que hay debajo.

El autónomo idioma de los gestos  
parece un calculado azar  
para despertar las latentes esperas  
que habitan en el fondo de todo.

También el árbol es un lenguaje de gestos  
donde se unen el azar y la complicidad del árbol  
para que caiga una hoja.

Mi mano acaricia tu sueño.  
Y para mejor acariciarlo  
se convierte ella también en sueño.

Pero entonces tu sueño  
se convierte en una mano,  
para poder corresponder a esa caricia.

¿El amor será siempre  
el cruce de una mano que va  
y otra mano que vuelve?

¿O será solamente  
el paso de dos sueños que se cruzan?

Todos hablan  
de lo que han encontrado en el camino.  
Algunos también hablan  
de lo que no han encontrado.  
Y unos pocos se refieren  
a lo que no es posible encontrar.

Pero hay quienes hablan de un encuentro  
que surge como una emboscada entre las manos,  
como una golondrina que nunca formó parte  
de ninguna bandada,  
como un gesto secreto que recoge  
la compasión que falta en los encuentros.

Todo encuentro se crea  
como agua ante la sed.  
El resto es un espejismo  
que ni siquiera alcanza  
para desconcertar al desierto.

Las caras de derrota del domingo a la tarde,  
las caras donde se ahogó la fiesta  
como un islote simulado  
que se hunde en la verdad del mar.

Las caras del domingo a la tarde  
recopilan los fracasos del hombre,  
desmantelan sus éxitos de estopa  
y predicen escaleras que descienden.

El bochorno de los próximos días  
volverá a repetir el simulacro  
como un tinglado recurrente,  
a menos que aparezca de pronto  
la fiesta no prevista,  
la fiesta que no está en los calendarios  
ni en los fáusticos proyectos del hombre.  
El domingo que irrumpe en la mitad de la semana,  
sin caras de derrota.

Además, hay otra alternativa:  
durante la semana  
podría el hombre inventarse otra cara,  
tal vez la suya propia.

Hemos llegado a una ciudad sagrada.  
Preferimos ignorar su nombre:  
Así le podemos dar todos los nombres.  
No encontramos a quién preguntar  
por qué estamos solos en la ciudad sagrada.  
No conocemos qué cultos se practican en ella.  
Sólo vemos que aquí forman un solo filamento  
el hilo que une toda la música del mundo  
y el hilo que une todo el silencio.

No sabemos si la ciudad nos recibe o nos despide,  
si es un alto o un final del camino.  
Nadie nos ha dicho por qué no es un bosque o un  
desierto.  
No figura en ninguna guía, en ningún mapa.  
Las geografías han callado su ubicación o no la  
han visto.  
Pero en el centro de la ciudad sagrada hay una  
plaza  
donde se abre todo el amor callado  
que hay adentro del mundo.  
Y sólo eso comprendemos ahora:  
lo sagrado  
es todo el amor callado.

La niebla sin niebla del atardecer  
convoca a otras nieblas heréticas  
repartidas por el mundo,  
especialmente aquéllas que se agazapan  
como sospechosas diluciones de la luz  
en ciertas franjas equívocas  
parecidas al pensamiento  
y en ciertas desventuradas historias  
acometidas por los dioses  
como si fueran acrobáticos  
personajes de circo.

La secta de esas nieblas heréticas  
corrige en las anfractuosidades del mundo  
la torpeza infinita  
del hombre y de los dioses.

Quizá de alguna de esas nieblas  
surja alguna vez una imagen más clara  
o un misterio más puro,  
ya que hasta los misterios se han vuelto  
complacientes.

Puede ser que en las nieblas sin niebla  
se concentre una discreta forma  
de homeopática curación de la luz.

El mundo se ha cerrado,  
el hombre se ha enquistado  
sobre su propio ojo.  
La vida humana es una cápsula  
con un preciso instrumental  
que permite imitar la realidad.

Hay que volver a abrir las cosas,  
abrir la habitación del hombre,  
abrir las imágenes como si fueran frutos,  
abrir el taller sofocado de la piedra  
y la reseca piel de la palabra,  
el continente bloqueado del sueño,  
el traje a medida del amor,  
los párpados bajos del paisaje,  
la cámara pringosa del exilio,  
la invalidez ritual de la locura.

Y saltar hacia afuera o adentro,  
ya que al fin es lo mismo.  
Los dos extremos se abren:  
el medio es lo cerrado.

¿O habrá también un salto  
inmóvil en el medio,  
un salto que lo abra  
como una estrella que comienza?

El soplo de luz, el temblor concentrado  
que brota de ciertos encuentros  
contradice a veces su propia brevedad  
y se extiende como una alquimia lenta  
por todo el resto de la vida.

Poseer así para siempre  
algo que nunca se tuvo  
y nunca se tendrá,  
cambia la condición del hombre,  
modifica sus límites.

Unas veces las manos se tocan  
y otras ni siquiera se tocan.  
Los ojos si se tocan  
o algo que está atrás de los ojos.

Pero poseer así, tocar así,  
abrevia un rincón de eternidad  
y lo hace caber en la celda que habitamos.

Tal vez esté allí la sabiduría del amor,  
rescatada de los incendios que lo devastan.

Los hombres van quedando al costado del camino,  
convertidos en muñecos.  
No importa si antes fueron  
marionetas u hombres.  
La figura es ahora la misma.  
Y sus miradas están fijas  
como aplastadas cintas de papel.

No los ha apartado el camino.  
Tampoco nosotros los hemos apartado:  
apartarse parece ser el triste destino del  
hombre.  
Y también convertirse en muñeco.  
Se verá, si se observa con cuidado,  
que desde el comienzo la rigidez es progresiva.

Pero hay algunas veces  
en que un hombre sigue por el camino,  
como si hubiera un final.  
Los muñecos lo observan azorados.  
El camino parece entonces erguirse y abrigarlo.  
Y los ojos de ese hombre dibujan de nuevo  
el quebrado itinerario de la luz.

La casa del hombre,  
la casa para quien no puede tener casa.

El patio de la casa del hombre,  
el patio donde la lluvia se siembra como el  
trigo.

El árbol de la casa del hombre,  
el árbol que guarda la identidad del tiempo.

La luz de la casa del hombre,  
la luz que se descalza en la noche.

La puerta de la casa del hombre,  
la puerta que no quisiera ya ser puerta.

El techo de la casa del hombre,  
el techo que se bifurca en alas para seguir sus  
huellas.

La ventana de la casa del hombre,  
la ventana que dibuja su rostro para poder  
cuidarlo.

El aire de la casa del hombre,  
el aire que lo respira mientras él lo respira.

La figura de la casa del hombre,  
la figura que copia su figura.

Las ruinas de la casa del hombre,  
las únicas ruinas que no son una derrota.

La sombra de la casa del hombre,

la sombra que se consuela con su sombra.

El amor de la casa del hombre,  
el amor que la llena y la vacía.

para Manuel Mejía Vallejo y Dora Luz

No podemos detener los dibujos que se forman en  
el aire.

No podemos detener los dibujos que se descuelgan  
de la noche.

No podemos detener los dibujos que nos incendian  
el pensamiento.

No sabemos quién traza esos dibujos.

No sabemos por qué esos dibujos adornan  
estos vagos suburbios de la nada.

Ni siquiera sabemos si nuestros ojos sirven  
para ver esos dibujos.

Pero el hecho que más nos sorprende  
es que todas las cosas resulten incompletas,  
ya que ninguna existe o se sostiene  
sin la complementación de estos dibujos.

No es raro entonces que estos dibujos nos  
parezcan

más perfectos que el aire,  
más habitados que la noche,  
más reales que el pensamiento.

Vaivén de la ternura,  
que llega o se retira  
como el sueño en un niño,  
manejando distancias  
que se acortan o alargan  
sin cambiar de medida.

El encuentro y la separación  
usan el mismo espacio,  
que despierta a veces hacia un lado  
y a veces hacia el otro,  
como un hombre en su lecho,  
compartido o a solas.

La ternura disuelve  
esa línea ilusoria  
que divide las aguas  
de la separación y del encuentro.

Cerca y lejos no existen.  
Los crea la ternura  
como el mar crea la playa  
con el borde inasible  
de sus sabias mareas.

Algunas veces nos sentimos por fin  
asentados en la tierra.  
Ella parece entonces nuestra casa.  
Y por un momento olvidamos  
nuestros pintorescos atuendos  
de seres destinados al exilio.

Quizá por esas pocas horas de arraigo  
sabemos que las cosas  
podrían haber sido de otro modo:  
tener un lugar,  
habitar nuestra casa,  
aunque periódicamente nos expulsara el infinito.

Pero lo mismo en el arraigo o el exilio  
seguimos sin conocer nuestra función,  
quizá porque ignoramos  
la función de la tierra.

Tu aliento te corrige.  
Tu aliento me corrige  
y también corrige al mundo,  
como un duende sonámbulo  
que empaña el cristal de la ventana  
y traza allí los símbolos que enlazan  
la vida con la vida.

Desde el fondo de las formas más antiguas,  
las formas anteriores al aliento,  
surge a veces una metástasis de formas  
como para borrar aquellos símbolos,  
pero tan sólo los rodean  
con los trazos protectores del origen.

Y esos trazos entonces los abrazan  
como si pretendieran protegerlos  
de las infaustas intemperies  
o quizá del momento incorregible  
en que tu aliento ya no empañe  
el ya neutro cristal de la ventana.

También hay espacios hechos de nada,  
ámbitos imprescindibles para descansar un  
momento,  
ya que de todas las cosas  
hay que descansar un momento.

Y hay además ciudades hechas de nada,  
hombres, caminos, árboles,  
palabras hechas de nada,  
libros, muertes, amores,  
mundos hechos de nada.

Si el corazón se combina con ellos  
tal vez comience a oír una música  
también hecha de nada,  
la única que puede abrir lo cerrado,  
la única que no necesita interrumpirse.

Por otra parte,  
cuando todo sea nada,  
sólo perdurará esa música,  
nada más que esa música.

Días de espesor condenado,  
con estrías de luna abandonada por el sol.  
O menos: sin estrías.  
Tabla rasa de la luz y la sombra,  
limbo penitencial  
que ignora dónde estuvo la culpa  
y dónde el paraíso.

Pero algo suena de pronto,  
menos quizá que un sonido,  
menos que el eco de un llamado  
en una puerta que no existe,  
menos que la sombra de la campanilla  
en el espacio atónito de una catedral,  
menos que el latido de un reloj  
sumergido en el fondo del pasado,  
menos que el roce de los nombres perdidos  
en la impenetrable maraña de lo no nombrado,  
menos que el pensamiento de una melodía  
que jamás se ejecutó  
y tal vez nunca se compuso,  
menos que una vibración estrangulada  
en el hueco de una palabra muerta,  
menos que un sueño detenido  
en el umbral más quieto de la noche,  
menos aún que la forma más remota de un mundo  
después de su extinción.

Y entonces,  
Allí donde ni siquiera la idea de la luz  
podría abrir la partitura tapiada del tiempo,  
ese menos que menos,  
ese menos que sin embargo suena,

nos reanima en el límite.

Necesitamos a veces  
descender a la nada,  
al casi nada de la nada,  
allí donde la nada  
es una música infinitesimal,  
lo único que se oye  
cuando todo lo demás enmudece,  
cuando el oído queda  
completamente solo.

Todo viene hacia nosotros:  
 no vamos hacia nada.  
 ¿Hacia dónde podríamos ir?  
 Toda marcha es una simulación,  
 un anodino juego  
 o una costumbre inútil.

Todo viene hacia nosotros.  
 Desde la tierra callada,  
 desde el cielo que vemos  
 o desde el cielo que no vemos,  
 desde los huesos que nos sostienen  
 o desde la sangre que nos envuelve,  
 desde el tiempo que manoteamos  
 o las matas de azar que nos rozan.

Todo viene hacia nosotros.  
 La forma con que nacimos,  
 el pensamiento y las sombras,  
 la astilla de cada palabra,  
 los silencios que articulamos,  
 el sueño que despoja a la noche  
 o la noche que despoja al sueño,  
 la apelación desconocida y sin destino  
 que nos trae cada amor.

Todo viene hacia nosotros,  
 salvo tal vez esa figura muda  
 que armamos con un matiz de cada cosa  
 y que quizá se yerga al desplomarnos  
 para marchar por cuenta propia,  
 para venir con todo lo que viene,  
 aunque no venga ya hacia nosotros.

Hay un sordo llamado en todas partes.  
A veces aflora  
como un compás que no está en la partitura,  
como un pétalo excedente,  
un soplo que se desvincula del aire,  
un nombre ajeno que nos nombra  
o una inflexión que nos convoca  
desde adentro de nuestro propio sueño.

Si vamos hacia él, desaparece.  
Si no vamos,  
sentimos cómo aumenta el vacío.  
Cada día notamos con mayor insistencia  
que subyace a todas las palabras.

Pero la clave no es ir a buscarlo,  
ni vagar como ciegos detrás de sus indicios,  
ni tampoco tratar de responderle.  
Este es el único llamado  
que no reclama una respuesta:  
pide tan sólo otro llamado.

Tal vez sea éste el sentido de todo:  
un encuentro de llamados.

También hemos traicionado al agua.

La lluvia no se reparte para eso,  
el río no corre para eso,  
el charco no se detiene para eso,  
el mar no es presencia para eso.

Otra vez hemos perdido el mensaje,  
las vocales abiertas  
del lenguaje del agua,  
su inaudita transparencia palpable.

Ni siquiera supimos  
beber la transparencia.  
Beber algo es aprenderlo.

Y aprender la transparencia es el comienzo  
de aprender lo invisible.

Roce del tiempo con el tiempo,  
roce de una mirada con su objeto  
o con otra mirada,  
roces de los cuerpos que vagan  
como extrapolaciones del vacío,  
roce de un pensamiento con otro  
o con su propia sombra.

Los roces constituyen la vida  
y quizá la calientan levemente  
ante el invierno sin roces de la muerte.  
La unión y el encuentro  
son blancos demasiado netos  
y el frío los abate  
como a troncos fácilmente localizables.

Vivir parece sólo un roce con el ser.  
Pero tal vez sea posible  
detenerse en un roce,  
como una canción en una rama,  
para saludar al sol o a los pájaros.

Hay ángulos que no pueden cerrarse  
y que ninguna línea convertirá en figura.  
Ellos resumen el destino.  
Tampoco el destino puede cerrarse.

El amor conoce esos ángulos  
y con frecuencia acude a ellos.  
También el pensamiento y la palabra.  
También los párrafos del viento.

Pero no hay instrumento que pueda medirlos,  
ni hay geometría que los abarque.  
Ellos responden a otro orden del espacio:  
la geometría de lo abierto.

Y quizá también respondan a un llamado,  
pero no sabemos de dónde.

La casa del sueño  
no posee puertas ni ventanas,  
no tiene rincones fijos,  
se alumbra con una medialuz anónima  
y carece de propietario.

La casa del sueño  
no copia sus imágenes.  
No hay pinturas en sus paredes.  
Sus figuras y reflejos se entrecruzan  
como si su sustancia fuera el tiempo,  
pero un tiempo visible y sin medidas.

Nosotros no habitamos en la casa del sueño:  
ella mora en nosotros,  
como si los papeles se hubieran invertido.  
Nadie podrá habitarla nunca,  
salvo quizá nuestra ausencia.

O tal vez otra ausencia,  
una ausencia más ausente todavía.

El recuerdo no es suficiente.  
El recuerdo siempre es incompleto,  
la degradación de una presencia,  
una existencia inválida,  
un ciervo con los miembros amputados,  
el desvalido trozo  
de una mirada escindida en muchas partes.

No sirve la esperanza extravagante  
de vivir para ser un recuerdo,  
ni adelgazar la ya magra biografía  
para que pueda entrar en pocas líneas.

Tal vez resulte más completo,  
más entero, más fiel,  
el olvido absoluto.  
¿Pero hay algún olvido  
que no encierre un recuerdo?  
¿Hay olvido absoluto?  
¿No es acaso el olvido  
un recuerdo enquistado?

¿O es tan sólo el recuerdo  
un enquistado olvido?

¿De dónde vienen estas imágenes?  
¿Y adónde van estas imágenes?  
Nosotros no somos terreno apropiado  
para que aquí se aposenten.

Las imágenes parecen buscar un lugar  
donde poder detenerse  
y nosotros somos arenas movedizas,  
nada más que un lugar de pasaje.

Pero entonces  
¿por qué vuelven las imágenes?

También nosotros quisiéramos detenernos  
y volvemos siempre al lugar  
donde eso no es posible.

Tal vez no somos más que otras imágenes  
que como todas las imágenes  
sólo pueden volver a las imágenes,  
aunque no puedan detenerse.

Entre los bloques de espera  
flotantes en el río  
que pasa por debajo de todo,  
inyectar unas palabras de luz,  
unas palabras de sombra  
y algunas vetas de silencios unánimes  
para los cuales no difieren  
la sombra y la luz.

Y aguardar después que se levante  
como un rostro sin rictus  
la flor de la espera,  
de la espera de todo,  
la espera de nada,  
la espera de la espera.

Entonces estará menos vacío  
el espacio que abandonó la esperanza.  
El gesto abierto de la espera  
es la forma más pura de la fe.

Educar a las semillas de la nada  
y colgarlas como cuentas transparentes  
de las ramas más calladas de un árbol.  
Algunas serán llevadas por los pájaros,  
otras se pegarán al viento  
y algunas se hundirán en las miradas  
o en las palabras sueltas  
que a veces se arremolinan en el aire.

Y a través de esas limpias mediaciones  
caerán detrás de la sequía,  
torcerán el invierno,  
se alzarán sobre la torre rota  
y hasta quizá germinen sin notarse  
entre los mustios epitafios.

Porque nos hace falta esta cosecha.  
Todas las demás se consumen,  
se pudren como la sombra del agua,  
como panes de polvo.

Sólo resta la cosecha de la nada,  
pero antes hay que efectuar la siembra.  
Las semillas están en todas partes:  
es preciso enseñarles a brotar.

Hay que educar a las semillas de la nada  
para que puedan germinar como las otras.

Todas las historias me parecen conocidas,  
todas las intrigas, todos los argumentos.  
No lo he vivido todo,  
ni siquiera lo he visto.  
No guardo en mis alforjas  
el resumen en píldoras  
de todo cuanto existe.

Pero todos los rostros me resultan conocidos,  
todas las voces, todos los paisajes.  
No me he cruzado con todos los hombres,  
ni siquiera los he oído o leído.  
No conservo en mis ojos  
el arduo laberinto  
de todos los reflejos.

Sin embargo, en el fondo  
hay algo que alguna vez he pensado  
o vivido o amado alguna vez,  
casi un relámpago de nada,  
que sin yo darme cuenta  
enhebró un filamento  
de todo cuanto existe  
y me ha dejado adentro  
la sensación extraña  
de haber pensado todo,  
de haber amado todo,  
de haber tocado todo,  
hasta lo que no existe.

Y también en el fondo  
o más allá del fondo  
no dejo de escuchar una música

a la que se parecen  
todas las otras músicas,  
no dejo de escuchar un silencio  
que pasa como un duende  
por todos los silencios.  
Y desde allí se oye claramente  
las ondas detenidas,  
las fósiles mareas  
del silencio futuro,  
del silencio final.

Las mareas del lenguaje  
no tienen siempre el mismo ritmo.  
Sus bajantes se producen sin horario fijo  
y nos dejan a veces abandonados en la playa  
desoladamente húmeda,  
con el sordo temor de una retirada  
sin seguro retorno.

Y aunque estemos relativamente acostumbrados  
a los descensos aleatorios  
del nivel de las cosas,  
que a menudo nos dejan semivivos  
en cualquier inocente encrucijada,  
las retiradas del lenguaje  
no nos permiten habituarnos  
a esa insólita situación  
de náufragos sin naufragio.

Cuando vuelven a subir las aguas,  
cuando el lenguaje regresa a habitarnos,  
sentimos de pronto  
que en la definitiva bajante de la vida  
quizá la mayor pena  
será la pérdida para siempre del lenguaje.

La luz es un resorte  
que empuja hacia la sombra.  
La sombra es un resorte  
que empuja hacia la luz.

¿Y si ambos resortes se juntaran  
para empujar hacia otra parte,  
más allá de la sombra,  
más allá de la luz?

Unas puertas tan perfectas  
que no parecen levantadas  
para pasar por ellas.

Unas puertas tan perfectas  
como para quedarse  
para siempre en una puerta.

Y desde allí  
ver pasar todas las cosas,  
sin entrar ni salir.

La servidumbre de la noche,  
la servidumbre de tener que abandonar el  
pensamiento,  
no es un cambio de piel:  
es la serpiente que muda el cuerpo entero.

El sueño es inmoral.  
La noche también es inmoral.  
Como la muerte es inmoral.  
Como la nada es inmoral.

La función por ahora ha cesado.  
Los títeres vuelven a sus rincones neutros.  
Mañana volverá a repetirse  
el repertorio unívoco:  
la obra de mil escenas  
y ningún argumento.

Saqué una mano fuera del sueño  
para apoyar algo que tenía en ella,  
pero no encontré ningún apoyo.

Aquello que cabía en mi mano  
cayó entonces al suelo  
y ya no pude recogerlo.

Volví a introducir mi mano en el sueño:  
estaba rodeada de apoyos,  
pero sin nada que apoyar.

Más difícil aún que apoyar algo  
es sin nada apoyar nada.

Siempre estamos en el comienzo,  
pero casi siempre cegamos el comienzo  
con la superchería de ser alguna cosa  
o el simulacro carnavalesco de crecer.

Y solamente el comienzo nos consuela  
del árido abandono que es la vida.  
El comienzo de un signo, de una rosa,  
de un color, de tus manos,  
El comienzo de dios.

Sí. La vida no es más que un comienzo.  
También dormir, tropezar,  
desandar un camino,  
detenerse en un rostro,  
pensar,  
encender una lámpara.  
Y por cierto apagarla.

Hasta dios no es más que un comienzo.

Rostros que van,  
rostros que vuelven.

Hay una sola diferencia:  
la lluvia, en el camino,  
moja más a los que vuelven.

Todos los templos están deshabitados.  
Todos los templos están deshabitados  
porque no están vacíos.  
Sólo un templo totalmente vacío  
puede habitar el espacio de un templo.

Por eso mi poema  
busca ser un templo vacío.  
Sólo allí podría habitar  
un tallo del ser.

Y tan sólo en el ser  
puede erguirse la rosa.  
Aquí sólo logra  
demorarse un instante.

Hondonada del tiempo,  
no sabemos dentro de qué sueño  
soñado por la totalidad.

Y en esa onírica hondonada  
este laberinto de reflejos  
y estos ojos abiertos inexplicablemente,  
estas palabras que se funden  
como velas minúsculas,  
estos amores que se caen,  
estos trabajos y estas furias,  
estas pisadas en la noche.

¿Por qué esta hondonada del tiempo  
no es una cresta de las cosas  
o la cima del sueño único  
donde un ojo también único  
es ojo abierto para siempre?

La muerte no tiene forma.  
La vida dona sus formas a la muerte.  
No sabemos si ésta a veces las adopta  
porque las formas no regresan.

Si la muerte fuese una rosa oscura  
y el hombre tuviera ojos para verla,  
sabríamos qué sucede con las formas.

Pero entonces ya no sería necesario  
conocer el destino de las formas:  
bastaría con aspirar profundamente  
el oscuro perfume de esa rosa.

Un gesto amenazante nos rodea.  
Quizá menos que un gesto:  
una amedrentadora expectativa  
que parece dudar  
entre acusarnos con su dedo incriminante  
o agredirnos desde su zócalo invisible.

Pareciera algún dios desplazado,  
el falaz sustituto de un dios  
o el rencor de su reemplazo,  
enquistado en el aire  
para hacernos respirar penosamente  
lóbregas inminencias.

O tal vez sea tan sólo  
el consternado círculo  
con que las propias cosas nos circundan,  
la compunción, no la amenaza,  
con que todo contempla nuestro paso,  
nuestra fugacidad inexplicable.

Quizá fuera preferible  
una orla de hielo,  
la desatenta espalda de las cosas,  
el círculo de nada  
donde yacen los dioses.

Un silencio por fin deshabitado.  
Ni piedad ni amenaza:  
la honda seguridad  
del silencio sin nadie.

Las palabras se desfondan,  
salvo en el hueco inasible del poema,  
en su loca profecía de presente.

Sólo el silencio permite el reconocimiento.  
Pero el silencio ya no existe.  
Sólo existen las ruletas enajenadas  
que no aciertan ya ningún número  
y distraen de la cifra de la muerte.

A veces, sin embargo, el silencio renace  
como un espacio que reemplaza al vuelo,  
entre ciertas palabras que se olvidan del oído,  
ciertos dolores que parecen amores,  
ciertas caídas que ascienden no sé dónde.

Entonces el silencio rescata a las palabras  
o las palabras abandonan sus traiciones  
y generan nuevamente el silencio,  
como el único terreno disponible  
donde pueden germinar casi en la nada  
las semillas que creímos imposibles.

Y si hubiese una cosecha,  
aceptaríamos también que esa cosecha  
la recogieran otros.

Estar.  
Y nada más.  
Hasta que se forme un pozo abajo.

No estar.  
Y nada más.  
Hasta que se forme un pozo arriba.

Después,  
entre ambos pozos,  
se detendrá un instante el viento.

Desde adentro del sueño  
algo abre mi mano  
para que encuentre a la tuya  
afuera del sueño.

Pero desde afuera del sueño  
algo abre mi mano  
para que encuentre a la tuya  
adentro del sueño.

¿No habrá algo en mi sueño  
que abra mi mano  
para que encuentre a la tuya  
adentro de tu sueño?

Como hay algo aquí afuera  
que abre mi mano  
para que encuentre a la tuya  
simplemente aquí afuera.

Los encuentros directos  
y los encuentros indirectos  
buscan quizá otro encuentro:  
el encuentro que suprima el lugar.

Partículas en suspensión  
Partículas de polvo en un rayo de luz,  
en una filtración de pensamiento  
que desvela a la noche,  
en una epifanía de gestos  
que desmadejan al amor.

Partículas en suspensión  
Sólo la levedad demora la caída:  
no llegar a ser un cuerpo,  
no convertirse en discurso,  
no cerrar el abrazo.

¿Habrá partículas tan finas,  
tan leves, tan discretas,  
que duren siempre en suspensión?

Desperté demasiado temprano  
y comencé a pensar en lo eterno,  
pero no en la gran eternidad de los rezos  
sino en las pequeñas eternidades olvidadas.

La parte que no fluye del río,  
aquello de la ciudad que siempre calla,  
el lugar que no duerme en tu cuerpo dormido,  
aquello que no despierta en mi cuerpo despierto.

Sentí entonces que las pequeñas eternidades  
son preferibles a la gran eternidad.

Y no pude volver a dormirme.

Espacios en blanco.

En el poema,  
en la vida,  
quizá también en la muerte.

Pesan más que los otros.

¿Pesará más el color blanco  
que los otros colores?

¿O los espacios en blanco  
tampoco están en blanco?

Las frondas de los árboles,  
como una masa de imaginación,  
rectifican el cielo,  
rectifican el ojo que ve el cielo,  
rectifican la tierra bajo el cielo.

También las otras frondas de la vida  
corrigen el cielo y la tierra:  
las frondas del pensamiento,  
las frondas del dolor,  
las frondas de amar.

Cuando llegue el invierno  
y las frondas se desmantelen  
como multitudes o ejércitos gastados,  
esa eterna corrección que es el cambio  
deberá restringirse a autocorrección.

A menos que la ausencia de las frondas,  
las de afuera y las de adentro,  
o tal vez su errante memoria solitaria,  
sin nadie que recuerde,  
se transmute en las frondas de la ausencia.

Voy con mis ruinas a cuestras  
como un caracol con su concha quebrada,  
cuidando los reflejos y las vetas  
que aún brillan en sus restos.

Tal vez pueda con ellos  
hilar otras imágenes  
y dejar que las lleve  
el viento de las últimas palabras,  
las palabras que saben conversar con las ruinas,  
desdeñar los brillos distraídos  
y aspirar la fragancia de los restos.

Después vendrá la noche  
a cubrir lo que quede,  
pero quizá una noche con memoria  
o con savias de imágenes quebradas,  
cuyo temblor suplante al tiempo  
y su túnica estéril, ya caída  
como un flojo disfraz  
en medio de la noche.

El número uno me consuela de los demás números.  
Un ser humano me consuela de los otros seres  
humanos.  
Una vida me consuela de todas las vidas,  
posibles e imposibles.

Haber visto una vez la luz  
es como si la hubiera visto siempre.  
Haber visto una sola vez la luz  
me consuela de no volver a verla nunca.

Un amor me consuela de todos los amores  
que tuve y que no tuve.  
Una mano me consuela de todas las manos  
y hasta un perro me consuela de todos los perros.

Pero tengo un temor:  
que mañana llegue a consolarme  
más el cero que el uno.

Un reflejo en la pared me desarma,  
como un pájaro fatigado de sus alas  
o una flor que descansa de sus pétalos.

Reflejo sobre otra pared,  
el hombre también descansa a veces  
de los clavos desvelados  
de su propio corazón.

Debe haber todavía otra pared  
sobre la cual coincidan los reflejos,  
una pared que también repose de si misma.

Todo reflejo es un descanso de la luz.

La visita ha sido excesivamente breve.  
Hace pocos momentos  
se nos abrió la puerta.  
Nuestra procedencia  
no era del todo clara  
y no estábamos preparados  
para esta visita.  
Creímos, sin embargo,  
que sería por más tiempo.  
Tal vez nos confundieron  
las señales del arribo.

Descubrimos después  
otra puerta cerrada.  
Comprendimos muy pronto  
que era la puerta de salida.  
Nos sorprendió que existieran dos puertas  
y no una solamente  
para entrar y salir.

Poco más comprendimos.  
Dimos algunos pasos,  
dijimos pocas cosas,  
hallamos otros rostros,  
a algunos los amamos.  
Y no siempre había luz.  
Aunque en algún momento  
creímos que la luz  
estaba para siempre.

La puerta de salida  
ha comenzado a abrirse.  
La visita concluye.

Ahora miramos más las flores,  
tratamos de escuchar al silencio,  
callamos más que antes,  
velamos las palabras  
delante del umbral.

En vano hemos tratado  
de oír algo de afuera.

Exceso de escritura.

En todo hay algo escrito,  
que sólo desciframos a medias.  
Todo es un palimpsesto  
que sólo en parte se borra  
y luego multiplica sus capas de escritura.  
Hasta el silencio está escrito.

Nosotros no podemos  
borrar ni una letra.  
Y tampoco podemos  
dejar de escribir encima.

Pero queda otra alianza posible:  
escribir hacia adentro.  
Allí, en comparación,  
lo escrito es mucho menos.

Quizá equivocamos la puerta  
o estaban los carteles cambiados  
y en lugar de haber ingresado a la vida  
nos hallamos ahora en la muerte.

O tal vez el orden fuera inverso:  
el primer estadio era la muerte  
y el segundo la vida.

Pues comenzamos a morir desde el primer día,  
aquello que llamamos vivir  
no se parece mucho a la vida  
y nadie puede completar una suma  
en medio de las cosas que caen.

Habría que volver a revisar las puertas,  
también las de salida.  
Y mejorar nuestra alfabetización:  
aprender a leer el otro lado de lo escrito.

Tal vez así no erremos la puerta  
otra vez al salir  
y hasta podamos comenzar sin confundirnos,  
no importa lo que sea.

para Luis Aldegheri

Estar presente ante todo lo que existe.  
Y también ante su sombra.

Estar presente ante todo lo que no existe.  
Y también ante su sombra.

Estar presente.  
No pedir nada.  
No seguir separando las ovejas.

Y decir una palabra  
que también esté presente.  
Y su sombra.

Aprender a descender escalón por escalón  
y detenerse en cada uno,  
para mirar desde cada uno el horizonte,  
no el siguiente escalón.

Sólo así no rodaremos:  
cada horizonte nos sostendrá hasta el siguiente.

Y al bajar al último escalón,  
aunque ya no necesitemos horizontes,  
el último suavizará el descenso,  
la bajada de quien prefirió otear los horizontes  
antes que vigilar cada paso hacia abajo  
por temor a caer.

Sólo las miradas más largas  
pueden abarcar lo más próximo.

Hay llamados que me llaman por ti  
cuando tú no me llamas.  
Llamados tuyos de ayer  
que quedaron flotando en el agua del tiempo,  
llamados tuyos de mañana  
que mañana tal vez yo no pueda escuchar,  
llamados tuyos que invento sin notarlo  
cuando la soledad se vuelve arisca  
o llamados tuyos  
que no vienen de ti ni de mí,  
como si hubiera entre ambos una autónoma zona  
que actúa por su cuenta,  
una zona que hemos creado casi sin querer  
para que diga tu nombre  
y quizá también el mío  
sin necesidad de nosotros.

De cualquier modo,  
estoy rodeado por tus llamados sin ti,  
como una isla por el mar  
o una torre por el viento que pasa.

¿Seguirán tus llamados llamándome  
cuando ambos no estemos?

La boca vacía no necesita a nadie  
para poder seguir nombrando.

Es mejor no hacer la cuenta.

El debe y el haber se han mezclado  
como guijarros de colores cambiantes,  
la desprolijidad de los asientos  
invalida el registro,  
abundan las hojas arrancadas  
y además nadie conoce  
el inventario general.

Por otra parte,  
en un curioso movimiento,  
los signos tercamente se dan vuelta,  
el más y el menos se permutan  
como rótulos flotantes,  
el rojo y el negro se truecan sin decoro  
y ni siquiera hay un pulso suficientemente firme  
como para trazar la línea  
que permita hacer la suma o la resta.

Es mejor no hacer la cuenta.  
Sería nada más que otro reflejo.  
El saldo del hombre es imposible.

También es imposible  
el saldo del todo,  
el saldo del ser.

Faltan en ambos casos  
las cifras fidedignas,  
la raya, el resultado  
y aun la mano que pudiera escribirlo.

El misterio no tiene dos extremos:

tiene uno.

El único extremo del misterio está en el centro  
de nuestro propio corazón.

Sin embargo,

no dejaremos nunca de buscar el otro extremo,  
el extremo que no existe.

Otro poema interrumpe el poema que escribo,  
reclama su lugar.  
Ninguno admite postergaciones.  
Son dos hojas urgentes  
brotando superpuestas  
en el mismo punto de una rama.

Llega entonces un pájaro  
y se posa en la rama.  
También él es un reclamo,  
el tercero en la aguja del instante.  
Pero de pronto el pájaro canta  
y en su canto no hay antes ni después,  
cabe más tiempo que en el tiempo,  
dos hojas, dos poemas simultáneos,  
dos llamados,  
quizá todos los llamados a la vez,  
sin que ninguno se borre,  
sin que ninguno desplace a los otros.

La superposición de dos poemas y un pájaro  
ha venido a enseñarme  
el concierto de todo sobre un punto.

Un orden por encima del orden.

No puedo levantar la palabra nueva  
que yace entre los matorrales  
como una moneda caída.

No puedo tomar esa moneda  
y entregarla al pordiosero que hay en mí  
o al que marcha a mi lado.

No puedo adquirir con ella otras palabras  
o por lo menos sus moldes de silencio  
para acuñar mañana sus efigies.

En vano he aprendido a inclinarme.  
La moneda que busco  
sólo puede encontrarse cambiándose por ella  
y quedando en su sitio entre los matorrales.

La palabra que busco no está en la zarza  
ardiente,  
que habla y después se extingue,  
sino en la zarza apagada  
que no cesa de hablar.

Balbuceo del comienzo.

Balbuceo del final.

Desde nacer muriendo  
hasta morir viviendo todavía.

Y unas pocas palabras  
extraídas del páramo  
como flores ajenas al lugar,  
abriéndose hacia aquel origen  
pero orientando su perfume  
hacia aquel acabamiento.

Toda palabra es balbuceo.  
Toda flor es balbuceo.

Y todo entre los paréntesis  
de unas rocas partidas  
y lagartos que huyen.

Nadie puede decirlo.  
Nadie dijo mejor  
cómo no se puede decir.

(al morir Samuel Beckett)

Un monigote al borde del abismo.  
Para que caiga es suficiente  
el toque de un dedo,  
el azar de una ráfaga perdida,  
el roce distraído de un pájaro.

Sin embargo, como hebra finísima,  
una mirada sostiene al espantajo,  
una mirada que no puede ser suya,  
que lo mira desde afuera.

Ninguna figura puede mantenerse  
si una mirada no la sostiene,  
sobre todo si está al borde del vacío.

¿No habrá tal vez una mirada  
que sostiene por ahora al monigote  
desde adentro del abismo?

Una flecha atraviesa el universo.  
No importa quien la haya lanzado.  
Traspasa igualmente lo fluido y lo sólido  
lo visible y lo invisible.  
Tratar de calcular adónde va  
sería como imaginar que hay un muro en la nada.

Flecha desde lo anónimo a lo anónimo,  
desde un abismo que no es un origen  
hacia otro abismo que no es un destino,  
movimiento que no parece un movimiento  
sino un éxtasis que se renueva a cada instante.

Yo la encuentro en tu mano  
o tú en mi pensamiento.  
Puedo verla entrando en una nube,  
cortando en dos un pájaro,  
saliendo de las flores y las lluvias,  
hendiendo una ceguera,  
traspasando a los muertos.

Tal vez su ejemplar anonimato  
nos convoca a nuestro propio anonimato,  
para poder también librarnos  
de nuestro comienzo y nuestro fin.

para Laura